

FUNDACIÓN UTÓPICA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA†

Juan Duran Luzio

EL ORIGEN de la leyenda que sostiene la posibilidad de la existencia de tierras lejanas, desconocidas y mejores en algún espacio distante de Europa viene de antiguo. Alfonso Reyes señala una fecha tan vieja como la Historia misma.¹ De cualquier forma, le correspondió a un navegante italiano al servicio de la corona española hacer realidad ese "raro presentimiento"; él mismo se sentía mensajero de un poder superior -como más de alguna vez declara-, que lo impulsaba a ir hacia Occidente; no menores eran sus intereses comerciales, igualmente explícitos. Luego de concluida la hazaña se abre la pregunta y se inicia la discusión sobre el destino y misión del Nuevo Mundo. ¿Cuál sería su lugar en la Historia? ¿Qué función estaba llamado a desempeñar? ¿Qué podía hacer el hombre del Viejo Mundo con estos nuevos territorios que

† Versión reelaborada por el autor del primer capítulo de su libro *Creación y Utopía. Letras de Hispanoamérica* (Heredia: Universidad Nacional, 1979).

¹ "Desde que el hombre ha dejado constancia de sus sueños, aparece en forma de raro presentimiento la probabilidad de un mundo nuevo. Ya la fantasía andaba prefigurándolo desde unos tres mil años antes de Cristo, cuando el mitológico Anubis presidía a los muertos en alguna misteriosa parte del Occidente. La idea de que al Occidente quedaba cierta región por descubrir -la cual adoptará unas veces la fisonomía de un mar tenebroso- viene desde los remotos documentos egipcios, y ahonda sus raíces antropológicas en el misticismo del crepúsculo vespertino." Alfonso Reyes, *Última Tule. Obras completas XI* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960) p. 12.

desde ese comienzo fueron una realidad y un desafío?²

La parte recién encontrada - además de la explotación económica - se prestaba como un campo para experimento de los más altos ideales de la humanidad como nunca antes se había ofrecido. Su presencia física vino a alentar las más audaces de las quimeras, ya que su encuentro era producto de una cultura que, añorándola, la había prefigurado. La existencia de un otro mundo en este sitio de la tierra se empieza a postular abundantemente en la Europa renacentista, especialmente en Italia. Jacob Burckhardt - entre los primeros - mostró el profundo cambio de valores que el movimiento impuso, junto a una concepción bastante más fiel del universo y sus cosas. Los humanistas italianos, impulsados por esa renovada sed de saber y ver, comienzan a cuestionar las dimensiones del orbe conocido y no tardan en sugerir la existencia de una Cuarta Parte, de la que se había oído en la tradición; pero es sólo entonces cuando se hace impostergable la necesidad de su encuentro. En esa época de intensa preparación científica, de revolución interior y de confianza en el hacer del hombre, que estuvo lejos de limitarse a lo artístico, cambiaron las perspectivas existentes y todo posibilitó la "invención" de América, el *in ventre*, como sostiene Edmundo O'Gorman.³

² El mismo Reyes formula la pregunta original y sugiere una respuesta probable: "Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? Comienza la inserción del espíritu: a la Cruzada Medieval sucede la Cruzada de América. A partir de este instante, el destino de América -cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia- comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía". *Ultima Tule*, p. 58.

³ Fundamental al respecto resulta el pensamiento de Edmundo O'Gorman, expuesto en dos libros medulares: *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* (México: Centro de Estudios Filosóficos, 1951) y *La invención de América. El universalismo de la cultura del Occidente*

Alfonso Reyes y Julio Imbelloni han precisado los documentos donde había señas de tal intuición.⁴ "Las cruzadas habían abierto a todos los europeos las rutas de remotos países, despertando por doquiera el afán de viaje y la aventura" (Burckhardt, p. 209). El mundo inexplorado desde Europa quedaba pues, a disposición de semejantes impulsos. Se genera así un grupo de insignes navegantes y trotamundos que, como afirma Irving Leonard, van a dejar su rastro permanente en las crónicas y, en especial, en el cosmos de las maravillosas y nunca vistas -pero sospechadas-comarcas de los libros de caballería. Debido a su talento y determinación iniciales, los portugueses abren la ruta de los mares y el Mediterráneo deja de ser el teatro único de las grandes hazañas. Gracias a ello, Cristóbal Colón sitúa un nuevo escenario para la historia al dar cima a la primera y acaso la más grande de las aspiraciones de la época.⁵ La tradición que

(México: Fondo de Cultura Económica, 1958) No se hablará aquí tampoco de "descubrimiento" del Nuevo Mundo sino de "encuentro", excluyendo connotaciones casuales.

4 Reyes anota: "Luigi Pulci, poeta italiano del Renacimiento, en el relato del viaje aéreo que realizan sus personajes Rinaldo y Ricciardoto, gracias a los demonios Astarotte y Farfarello... puso en boca de Astarotte, nuevo espíritu del siglo, motejador irónico y también librepensador, la revelación de que existe otra nueva parte del mundo, en el otro hemisferio, habitada como la antigua y situada más allá de las columnas de Hércules, que el error tradicional suponía innavegables y funestos para los hombres. (*Il Morgante*, XXV) ¿Esta profecía, ha de considerarse como una mera ocurrencia poética, al igual del conocido pasaje de la *Medea* de Séneca? ¿O debe más bien considerarse eco de una opinión ya general, fruto de la cultura humanística?" *Ultima Tule* p. 35. Julio Imbelloni analiza con detalle más fuentes que las mencionadas por Reyes en "Las profecías de América y el ingreso de la Atlántida en la americanística", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. (Buenos Aires), 12 (1939) pp. 115-148.)

5 Colón no es un solitario en este tipo de empresas, como bien se sabe. Los portugueses habían sentado ya una clara primacía que no terminó dando los frutos que recogieron sus vecinos. "Colón es sólo el más grande de toda una serie de navegantes italianos que surcaron mares lejanos e incógnitos al servicio de los pueblos de Occidente", escribe Burckhardt, *La Cultura del*

avalaba el encuentro de América se actualiza: era el momento oportuno para que fuese encontrada. Tan variados influjos y circunstancias históricas coincidentes se dan cita para hacerla aparecer en la Historia.⁶ Y en los momentos cuando el Nuevo Mundo se dejaba ver, y aún sin identidad propia, fue cubierto de inmediato por gran cantidad de contenidos mitológicos y literarios que en Europa esperaban el encuentro para pasar a investir a la novel tierra: tal fue su acto de bautizo. Lo mejor de la imaginación del Viejo Continente se puso al servicio de una tarea sin precedentes.

Lo mejor de la imaginación del Viejo Continente se puso al servicio de una tarea sin precedentes.

Esa voluntad y disposición que mostraron los europeos por revestir lo hallado con buena parte de sus leyendas y tradiciones, para ejecutar el traspaso de toda fantasía que ya tenía una forma en la literatura y en la

Renacimiento en Italia. Trad. de Jorge Ardal (Barcelona: Ibero, 1964) p. 10. John Parry estudia en detalle esa "edad de reconocimiento" que culmina hacia mediados del XVII. Someramente relaciona los viajes con el Renacimiento cultural. John H. Parry, *La época de los descubrimientos geográficos*. Trad. de F. Morales Padrón (Madrid: Cultura Hispánica, 1964) p. 114.

⁶ "Entre los impulsos que determinan la aparición histórica de América, unos son terrenos y prácticos, otros fantásticos e ideales. No sólo la verdad, la misma mentira cuaja de repente en comprobaciones teóricamente inesperadas. El misticismo geográfico, las aventuras de los colonos desconocidos e involuntarios, los nuevos ensanches de la tierra, todo ello desemboca en el Nuevo Mundo. No son ajenos al descubrimiento los sueños de Ofir y Catay. La Atlántida, resucitada por los humanistas, trabajó por América. El Cipango y la Antilla representan aquí el paso de la quimera a la realidad, del presagio al hecho. Y todavía después, la mentira -que tantas veces ha guiado oscuramente a los exploradores- seguía haciendo de las suyas, cuando se buscaban en nuestro continente la Fuente de Juvencia, el País del Oro y el Reino de las Amazonas" *Ultima Tule*, p.18. Un muy amplio y más reciente estudio revisa y enriquece todo el complejo trasfondo mitológico en la época del llamado descubrimiento de América: Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento* (Madrid: Alianza Universidad, 1989).

geografía. ¿no confirma el ansia de que el encuentro tuviera lugar? ¿Se trataba de una región deseada antes de ser encontrada? ¿Era la tierra que no cesaba de buscarse desde tiempos bíblicos? Como quiera que sea, es claro que un anhelo de Europa cobraba realidad.⁷ El "descubrimiento" de América propició la resurrección de las utopías terrenales, olvidadas desde los tiempos de Platón. Las inquietudes renacentistas comienzan a definir cuál podría ser la misión de las regiones recién halladas. Por causa de esa confianza -también contribución de la época- muchos proyectos rozan lo quimérico; otros, deben comenzar con la denuncia de simples hechos de horror: el pristino espacio natural corría el riesgo de ser desaprovechado. Bartolomé de Las Casas censura temprano las debilidades y los excesos que hacían fracasar el plan apenas comenzado. Junto con atroces denuncias, sin embargo, hay muestras de que la fe original seguía en pie hacia mediados del XVI: un prelado español, Vasco de Quiroga, pasa a Indias para convertir en verdades tangibles las ideas que Moro proponía en su célebre libro *Utopía o la mejor manera de gobierno*, aparecido en 1516. El mismo humanista inglés menciona el nuevo continente cuando sugiere la localización de su tan perfecta república.⁸

⁷ Silvio Zavala escribe sobre el punto: "La mentalidad renacentista anheló un mundo libre de impurezas. Eco de los exponentes filosóficos y literarios de esta actitud fueron, en el orden de la doctrina política, la *Utopía*, de Moro y *La Citta del Sole*, de Campanella; podríamos añadir el *Mundus Alter* de Joseph Hall, la *Nova Atlantis*, de Bacon, y la *Oceana*, de Harrington. La escuela se caracteriza por su disconformidad con el mundo histórico y la adhesión a fórmulas de vida política racionalmente perfectas". *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios* (México: José Porrúa, 1937) p. 3.

⁸ "Los descubrimientos geográficos proporcionaron a la tendencia naturalista y depuradora del Renacimiento una ocasión propicia de ejercicio: Europa por su vejez, se estimaba difícilmente corregible; pero la humanidad descubierta, desnuda, sencilla, ingenua, podría vivir de acuerdo a la anhelada perfección. Moro menciona en su *Utopía* los viajes de Américo Vespucio y los pueblos del Nuevo Mundo. Entre los españoles fue acogida fervorosamente esta orientación, germen de la doctrina

El "descubrimiento" de América propició la resurrección de las utopías terrenales, olvidadas desde los tiempos de Platón.

Cristóbal Colón, bajo el impulso de esa cultura renacentista de la que no era nada ajeno como suele creerse, que aspiraba mundos más puros -y más abundantes en oro y perlas- delineó en la prosa de sus cartas y *Diario de navegación* el lugar posible. Bastante conmoción causó su famosa carta de 1493 entre un público incrédulo y maravillado que la leyó en diecisiete diferentes ediciones -castellanas, latinas, italianas y alemana- todas anteriores a 1498. Américo Vesputio, pocos años después, en 1504, tiende a corroborar las descripciones y las intuiciones colombinas. Admiración por las gentes nuevas y por sus riquezas, y por Platón y su Atlántida que el Renacimiento vivifica, cristianizándola en el recuerdo del Paraíso Terrenal, o en llamados por retornar a las prácticas originales de la Iglesia; tales fundamentos quedan señalados con cierta nitidez cuando las primeras versiones escritas sobre el mundo nuevo.

Y así, porque venía a satisfacer una antigua necesidad europea, la geografía sospechada era bienvenida. América surgió como la prolongación real de un deseo europeo: "El descubrimiento de América no es obra del azar; tiene su origen en una necesidad inaplazable. Europa la descubre porque la necesita".⁹

del buen salvaje, que habla de lograr su expresión última en Rousseau. Ello explica por qué, en relación estrecha con las premisas culturales esbozadas, un magistrado español concibió el proyecto de ajustar la vida de los indios al esquema ideal de la Utopía de Moro." *La Utopía*, p. 4.

Cierta correspondencia entre Moro y Erasmo sugiere que tal vez el primero sabía algo de las intenciones de Zumárraga, primer obispo de México, y de Quiroga de pasar al Nuevo Mundo para hacerse cargo de posiciones en la iglesia de la Nueva España, según ha estudiado el mismo Silvio Zavala, "Letras de Utopía", *Cuadernos Americanos* 2 (1942) pp. 146-52.

⁹ "Se ha anticipado que América es una creación de Europa, que América es hija de la cultura europea. ¿Qué fundamento tiene esto? América surge a la vida

Anhelantes de ver sólo lo que querían ver, de describir sólo lo que pareciera acorde con un universo buscado por años y por fin encontrado, comienza a autorizarse una literatura de suyo particular. Como señala Octavio Paz, una literatura que tuvo que levantarse contra una realidad que era una utopía; he ahí uno de los fundamentos que es preciso considerar cuando se trata de interpretar sus grandes producciones literarias.¹⁰ Este rasgo de ser "creación

cultural de Europa en una de las grandes crisis de ésta [...] Su descubrimiento no se debe a que un europeo, Colón, se haya tropezado con ella. Sino a que el europeo había salido en su busca: Europa buscaba esta tierra, necesitaba de ella. Antes de esta época América, aunque existía como continente, no había preocupado a Europa [...] Antes de este momento histórico el europeo había mostrado un gran respeto por lo desconocido; no tenía necesidad de comprobar nada. Sin embargo, en un momento que semeja mucho al nuestro, dicha fe no le bastó ya. Un buen día se encontró flotando en el vacío. Falto de fe todo su mundo se derrumbaba, entraba en crisis. El ideal situado en lo alto se desvanecía, se alejaba tanto que se hacía inalcanzable. Había que buscar nuevos ideales, nuevas creencias. Había que rehacer el mundo. Pero había que buscar nuevos ideales y nuevos lugares donde colocarlos. Ya no podían ser colocados en el cielo. Gracias a la nueva física, el cielo dejaba de alojar ideales para convertirse en algo frío e ilimitado, en un infinito muerto, mecánico. Ahora habría que situar los ideales en otro lugar. Y ese otro lugar no iba a ser otro que la tierra, el mundo. Así, en tierras antes desconocidas, en tierras por las cuales el hombre occidental no había sentido interés, se colocaron los nuevos ideales. Todo lo que el europeo necesitaba, todo lo que anhelaba, todo aquello de que carecía, fue colocado en estas tierras desconocidas. El europeo se lanzó a la busca de estas tierras de promisión. Viajeros y navegantes daban fe de su existencia. Y es que éstos, como europeos, no veían ahora sino aquello que querían ver". Leopoldo Zea, *En torno a una filosofía americana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1945) p. 9.

¹⁰ Ha dicho Paz: "No se nos puede entender si se olvida que somos un capítulo de la historia de las utopías europeas. No es necesario remontarse hasta Tomás Moro o Campanella para comprobar el carácter utópico de América. Basta con recordar que Europa es el punto, involuntario en cierto modo, de la historia europea, mientras que nosotros somos una creación premeditada". "Literatura de fundación" en su *Puertas al campo* (México: Universidad Nacional Autónoma, 1966) p. 13.

premeditada", bosquejo de quimeras forjado a fuerza de leyendas y mitos, y desventuras y necesidades del Viejo Continente en crisis, dejó una notoria particularidad en nuestra literatura, uno de sus matices característicos.

Se ha dicho que por abundancia de tantas leyendas se perdió un rasgo de veracidad que hubiera otorgado una visión más nítida de lo que fueron, - por ejemplo, las culturas precolombinas y el intramundo de esos pueblos. Pero las fantasías del *allá* colmaron las medidas más realistas. La función del cronista de Indias se debate entre la fidelidad al medio o a la tradición. Las más de las producciones coloniales llevan algo de esas dos fuentes. De ese encuentro nace la literatura hispanoamericana.¹¹

Esta gestación utopista que se relaciona con la fundación del Nuevo Mundo crea, juntamente con lo que Zea llama "inadaptación", una actitud literaria que siguió considerando estos territorios como el Lugar Prometido, como un remanso en el transcurso de los siglos, en el cual se habría refugiado la perdida Edad de Oro. Y la actitud literaria que correspondía a las inquietudes del pensamiento europeo no tardó en transformarse en preocupación similar entre los escritores que, nacidos ya en América, comparten y prolongan a través de sus obras todo cuanto recién heredan.

11 "La imaginación del europeo colocó en estas tierras ciudades fantásticas diseñadas conforme al ideal de un solo ingeniero. Legislaciones, estados, costumbres y religiones ideales fueron colocados en este continente, todo a la medida de sus no menos fantásticos moradores. América no era otra cosa que el ideal de Europa. En ella se veía lo que el europeo quería que fuese Europa. Fue el modelo conforme al cual había que rehacer el mundo occidental. América surgió así como la suma de todas las perfecciones. Tierra de Promisión. Pero tales perfecciones no eran suyas; no eran sino dones que la imaginación europea le había otorgado. La realidad americana era otra muy distinta. El europeo, atraído a estas tierras por la leyenda, iba pronto a saber esto. La decepción habría de surgir pronto, y con ella la inadaptación del americano; sin embargo, para Europa, esta América siguió siendo tierra de promisión, tierra nueva. La fantasía europea siguió bordando sobre América. América no era así otra cosa que una creación utópica de Europa". *En torno a una filosofía*, pp. 48-9.

Puede decirse que, en cualquier caso, hubo un desborde de la imaginación que ocurre por igual en los de aquel y en los de este lado del océano. Hay varias razones para entenderlo así. Todo el acervo cultural que se puso de manifiesto y cobró vida, luego del primer viaje colombino, estimuló las plumas de receptores que se ocuparon de magnificar las primeras noticias; entre ellos Pedro Mártir de Anglería. No es extraño que éste sea citado entre las fuentes de Tomás Moro. No es raro, tampoco, que los escritores criollos sintieran un compromiso con las riquezas, con el pasado y con el porvenir del Nuevo Mundo desde aquella perspectiva. De tales supuestos arranca un cierto espíritu presente en la mayor parte de la literatura colonial, renovado más tarde con nuevos visajes, pero siempre característico en las letras de Hispanoamérica.

Que los hombres que pasaron a animar la vida de Indias eran lectores creyentes de un tipo de ficción relacionada principalmente con las aventuras, es sabido. Funcionarios reales, pícaros y soldados, cuya imaginación, cuyo margen de capacidad imaginativa y cuya codicia estaban moldeados por los contenidos de libros caballerescos y sus milagros, continúan buscando la adecuación de América con el universo fantástico que esas lecturas les habían enseñado. Se piensa que es doble encontrar todo o casi todo cuanto la inspiración del Viejo Mundo había creado. Así, fue inevitable el enfrentamiento y la comparación entre realidad y fantasía, entre la leyenda y los nuevos territorios.¹² Célebre es el

¹² Irving Leonard que ha estudiado en detalle esa relación escribe: "Se han dado ya algunas indicaciones acerca del poderoso ascendiente que tenían los libros de caballería sobre la mente popular en la primera mitad del siglo XVI. La influencia de esta literatura sobre el pensamiento y la acción de los lectores es incuestionable [...] El conquistador como elemento aventurero y dinámico de la sociedad española, mal podía escapar a la incitación de semejantes fantasías [...] Otros individuos semejantes, especialmente en España, animados más por el honor que por la curiosidad estaban convencidos de que, al participar en viajes a ultramar, palparían en realidad las maravillas, las riquezas y las aventuras que se contaban en los



momento cuando Bernal Díaz se detiene maravillado ante la presencia de la cercana Tenochtitlán y dice que ésta es superior a aquellas de que habla el *Amadis*.

"Si Menfis o Babilonia hubieran permanecido ignoradas, vivas e intactas, y hombres de otras edades hubieran podido sorprenderlas en plena vida, su asombro sería comparable al de los soldados de Cortés o de Pizarro al penetrar en Tenochtitlán o en el Cuzco".

Francisco Esteve Barba

Pero muchas veces lo circundante no fue ni maravilloso ni sugestivo y una realidad más modesta que lo esperado causó desengaños. ¿Por qué, sin embargo, varios de los que tomaron la pluma persistieron en crear El Dorado, Amazonas y lugares y seres de ese tipo? Acaso comprobando la imposibilidad de dar con tales parajes, dejaron en la literatura lo que no pudo quedar en la historia. De esa paradoja provino la sorpresa y la esperanza: "Si Menfis o Babilonia hubieran permanecido ignoradas, vivas e intactas, y hombres de otras edades hubieran podido sorprenderlas en plena vida, su asombro sería comparable al de los soldados de Cortés o de Pizarro al penetrar en Tenochtitlán o en el Cuzco".¹³ El legado

libros populares tan seductoramente. Gigantes, sabios, enanos, islas encantadas, amazonas, fuentes de juventud, las siete Ciudades míticas, El Dorado, seguramente existían en alguna parte de las inmensas y extrañas tierras que la Providencia había deparado al pueblo escogido de Castilla". *Los libros del conquistador*. Trad. de Joaquín Díez Canedo (México: Fondo de Cultura Económica, 1953) p. 37.

¹³ Agrega Esteve Barba: "Estos hombres, que han asistido a tanta maravilla, no dudan de que cualquier día puedan descubrir otro imperio. Refiriéndose al continente del Sur, cuyos confines fueron pronto conocidos gracias a los navegantes, Acosta recordaba la desorientación que respecto a su interior existía. 'Se ignora -decía- qué es lo que hay entre el Perú y Brasil, y hay diversas opiniones de unos que dicen que es toda tierra anegadiza llena de lagunas y pantanos, y de otros que afirman haber allí grandes y gloriosos reinos, y fabrican allí el Paytiti, y El Dorado, y los Césares, y

mitológico y legendario siguió viviendo en el terreno de las letras. La Crónica de América, como ha dicho Alejo Carpentier, se tornó en la crónica de lo real-maravilloso. Desde ese momento la leyenda del Nuevo Mundo - cronológicamente "nuevo"- comenzó a tomar cuerpo y a desarrollarse. La palabra dicha por la tradición cobraba sus ecos.

El conflicto entre realidad y fantasía consolida los testimonios de la empresa sin exigir resolución en favor de la realidad; así se daba explicación de magnitudes que de otra manera hubieran quedado sin ella; modo algo contradictorio de satisfacer la curiosidad renacentista. El trasfondo mítico fabuloso se adecúa a la realidad. ¿No es acaso buena parte de la literatura colonial -y en especial la poesía épica- catálogo de ese encuentro único? En la proyección legendaria de América que tendía a solidificarse sobresale la imagen de la Edad de Oro, con sus hombres y mujeres viviendo bajo el acuerdo las sabias leyes naturales: el sueño de la Utopía.

La carencia de deslinde entre la ficción y la nueva geografía tampoco significó mayor confusión entre los lectores. Era lo que se esperaba. El pueblo español -sostiene Leonard- ebrio de triunfos y en posesión de la idea de pueblo escogido vivía llano a aceptar todos los relatos de grandes hazañas y portentosos encuentros que sus hijos estaban llamados a realizar. Ese sentimiento posibilita el tono

dicen haber cosas maravillosas'. Al Norte, cuyo contorno tardó mucho en conocerse, se buscaban, en cambio, la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades Encantadas y el Estrecho de Anián [...] Esta desorientación, este no saber dónde están -el nombre de Indias dado al continente es la primera de sus consecuencias- les induce a recurrir a los mitos clásicos: los bosques se pueblan de amazonas, y no falta quien haya visto sirenas en los mares. Toda la Edad Media está tras ellos, con su fantasía y, por su parte los geógrafos y naturalistas antiguos contribuyen en pleno Renacimiento a llenar el mundo de seres extraños". Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana* (Madrid: Aguilar, 1964) p. 16.

heroico de las letras coloniales y de la tradición que legaron.¹⁴

Contactos entre ficción e historia permiten afirmar que un criterio interpretativo de la temprana literatura hispanoamericana como el de "lo visto y lo vivido", el del testigo presencial, se hace bastante insuficiente debido, precisamente, al carácter tan singular de su nacimiento. "Lo visto y lo vivido", se ha dicho, es un modo de manifestar "esto es verdad, lo vi con mis ojos, no es parte de la leyenda"; pero, ¿qué sucede cuando se afirman como "vistos y vividos" milagros que dejan pequeños a los de las Escrituras? El grado de delimitación se anula: lo que no hay de "real" en la literatura de la época no se debe a que el autor no lo viera o viviera, se debe a que toda una concepción del mundo es todavía parte del reino de la ficción. La imaginación, la leyenda tienen el dominio entonces sobre la mitad del saber humano. Fantasía y realidad se fueron mezclando y no podía ser de otra manera para dar como resultado toda una historia cuyos límites eran bastante imprecisos: estaban al borde de la ficción. Tampoco importaba mucho señalar tales límites; a pesar de las retóricas y de su origen, poco en cuenta se tuvo la distancia entre historia y poesía. Casi nada contó cuando se trataba del Nuevo Mundo. Hay un punto en que no es posible, incluso, determinar si las leyendas todas vinieron de Europa o se fueron moldeando con otros, productos originales de América. Existe

¹⁴ "De una manera inconsciente, Vasco da Gama, Colón y otros navegantes y exploradores, llevaron a las regiones que habían descubierto, las creencias de la Edad Media, por las cuales estaban dominados; de ahí que estos argonautas regresasen con noticias de islas misteriosas habitadas por amazonas y de positivas indicaciones de la proximidad del Paraíso Terrenal. Y los nuevos mapas del engrandecido mundo estaban ornados de signos cartográficos que revelaban curiosas anomalías; figuras de extrañas bestias y de hombres cuya existencia era presumible, aparecían regadas en los anchurosos espacios inexplorados de mar y tierra [...] Era natural que los inexactos y exagerados informes de los descubridores se armonizaran con las descripciones que presentaba la literatura popular". Leonard, *Los libros*, p. 38.

también una superposición y mezcla de fábulas que, coincidentes, llegan acá a nueva madurez. La mitología que pasó de Europa se cruzó con la precolombina y de este maridaje único quedaron los mitos más depurados, las creencias más bellas. Son el trasfondo inicial de nuestra literatura.

Sin embargo, el Nuevo Mundo no ofrecía, de hecho, un edén a los ilusos que, cualquiera fuese su bagaje cultural, cruzaban el océano por llegar a encontrarlo. Si varias páginas colaboran a documentar lo mítico, otras se prestan para negar los sueños que tenían que ver con aspiraciones paradisiacas. La empresa deparaba también sinsabores, y ampliamente. Mucho de lo peor que poseía el hombre occidental también alcanzó al Nuevo Mundo y no dejó de jugar un rol importante. Fray Bartolomé de las Casas lega un amplio y patético testimonio de tal herencia.

Fantasia y realidad se fueron mezclando y no podía ser de otra manera para dar como resultado toda una historia cuyos límites eran bastante imprecisos: estaban al borde de la ficción.

Pero la literatura prefirió el territorio de lo legendario, de lo heroico. No hay más que mirar -sólo para citar coloniales- los escritos de Hernán Cortés, de Alonso de Ercilla, de Bernal Díaz del Castillo, de Bernardo de Balbuena, del Inca Garcilaso de la Vega, de Alonso de Ovalle para darse cuenta de lo efectivo de la afirmación. El aspecto brutal, antipoético, es visible también con frecuencia, y vigoroso. Acaso por mantener la imagen original creada en la prosa del Almirante de la Mar Océano o por adhesión a la causa renacentista, los escritores que le continúan conciben al Nuevo Mundo desde una perspectiva edénica. El rasgo utópico que distinguió a las nuevas tierras

continuó vigente, pese a todo, amoldándose a cada futura exigencia.¹⁵

Si las descripciones primeras resultaban en muchos desengaños, ahí estaba la tarea enorme de reconstruir para el lector de Europa un medio óptimo que comenzaba a desvanecerse; y esa era misión de los escritores. Había en varios de ellos, además, buena dosis de interés personal: necesitaban mostrar a las Autoridades cómo venían a servir al rey, sacrificándose en terreno que era mitad leyenda, mitad infierno. Edmundo O'Gorman sostiene que el prestigio político y religioso de la corona española ya estaba comprometido en punto avanzado, y por eso no se retrocedió ni en la conquista ni en la colonización. ¿Por qué tampoco retrocedió en su empresa el hombre de letras que siguió a las primeras descripciones? ¿Había también comprometido su prestigio en pos del símil Nuevo Mundo, Nuevo Paraíso - creación del Almirante y su época - que iba a prosperar en nuestras letras?

En el principio mismo del continente, Colón escribe las palabras que iban a crear una

15 Sobre los primeros desengaños de Indias, escribió Edmundo O'Gorman: "Las promesas de Colón habían sido un falso señuelo. Las esperanzas de oro cosechable como fruta madura se reducían al aleatorio futuro de unas minas que requerían trabajo y privaciones. El suave clima y la perfumada templanza de los aires cobraron vidas de cristianos con su pestífero engaño. Huracanes diabólicos sembraron naufragios; la soñada concordia que iba a presidir en la fundación y vida de la nueva colonia se tradujo en odio, prevaricato y disidencia, y los mansos e inocentes pobladores naturales de aquel ficticio paraíso, supuestos amigos de cristianos y amantísimos vasallos, mostraron su índole bestial: gente perezosa y proterva, buena para asesinar cuando la ocasión se ofrecía, mala para laborar y cubrir tributos. Adoradores encubiertos del diablo, o al menos dóciles instrumentos de sus aviesos designios; la beata imagen de la edad de oro rediviva se trasmutó, al conjuro del desengaño, en edad de hierro que dominaba la creciente convicción de que esos desnudos hijos del océano formaban parte del vasto imperio de la barbante, el señorío, confesado o no, del Príncipe de las Tinieblas. Un profundo escepticismo invadía a la empresa que a muchos pareció un loco y peligroso sueño que no podía conducir sino al desastre y a la ruina de España". *La invención*, p. 44.

continuó vigente, pese a todo, amoldándose a cada futura exigencia.¹⁵

Si las descripciones primeras resultaban en muchos desengaños, ahí estaba la tarea enorme de reconstruir para el lector de Europa un medio óptimo que comenzaba a desvanecerse; y esa era misión de los escritores. Había en varios de ellos, además, buena dosis de interés personal: necesitaban mostrar a las Autoridades cómo venían a servir al rey, sacrificándose en terreno que era mitad leyenda, mitad infierno. Edmundo O'Gorman sostiene que el prestigio político y religioso de la corona española ya estaba comprometido en punto avanzado, y por eso no se retrocedió ni en la conquista ni en la colonización. ¿Por qué tampoco retrocedió en su empresa el hombre de letras que siguió a las primeras descripciones? ¿Había también comprometido su prestigio en pos del símil Nuevo Mundo, Nuevo Paraíso - creación del Almirante y su época - que iba a prosperar en nuestras letras?

En el principio mismo del continente, Colón escribe las palabras que iban a crear una

15 Sobre los primeros desengaños de Indias, escribió Edmundo O'Gorman: "Las promesas de Colón habían sido un falso señuelo. Las esperanzas de oro cosechable como fruta madura se reducían al aleatorio futuro de unas minas que requerían trabajo y privaciones. El suave clima y la perfumada templanza de los aires cobraron vidas de cristianos con su pestífero engaño. Huracanes diabólicos sembraron naufragios; la soñada concordia que iba a presidir en la fundación y vida de la nueva colonia se tradujo en odio, prevaricato y disidencia, y los mansos e inocentes pobladores naturales de aquel ficticio paraíso, supuestos amigos de cristianos y amantísimos vasallos, mostraron su indole bestial: gente perezosa y proterva, buena para asesinar cuando la ocasión se ofrecía, mala para laborar y cubrir tributos. Adoradores encubiertos del diablo, o al menos dóciles instrumentos de sus aviesos designios; la beata imagen de la edad de oro rediviva se trasmutó, al conjuro del desengaño, en edad de hierro que dominaba la creciente convicción de que esos desnudos hijos del océano formaban parte del vasto imperio de la barbarie, el señorío, confesado o no, del Príncipe de las Tinieblas. Un profundo escepticismo invadía a la empresa que a muchos pareció un loco y peligroso sueño que no podía conducir sino al desastre y a la ruina de España". *La invención*, p. 44.

leyenda, una tradición intelectual y una literatura. En el momento en que se buscaban nuevos territorios para viejos sueños, en que el Paraiso era intuido por los cartógrafos, el glorioso Almirante, según se lo indica su carta de marear, amén de sus varias lecturas, da los primeros avisos ciertos.